En Tiempos de Batalla

(REFLEXIONES ANÁRQUISTAS)

POR

DAVID DIAZ

25 CENTIMOS

Septimo volumen de la Biblioteca RENOVACIÓN PROLETARIA

EN TIEMPOS DE BATALLA

REFLEXIONES ANARQUISTAS

POR

DAVID DÍAZ

Advertencia importante

Para bien de los lectores y colaboradores de **Renovación Proletaria**, hacemos constar que esta Biblioteca edita sus trabajos sin limitar en nada la exposición de las ideas de sus autores, para que ellos, y solamente ellos, sean responsables de sus trabajos.

Todos los que deseen la capacitación de las clases asalariadas, para romper las cadenas de la esclavitud que tanto avergüenzan a los humanos que con vehemencia constante se entregan de lleno a la ciencia, las artes y filosofía libertaria, pueden, sin reparo por sus ideas avanzadas, colaborar en esta publicación mensual.

Renovación Proletaria.

EN TIEMPOS DE BATALLA

(Reflexiones anarquistas)

Compañera y compañero que ante la imposibilidad absoluta en que te hallas de poder hacer frente a las más imprescindibles necesidades de la existencia, a pesar de darle, día tras día, al trabajo todas tus energías físicas y todas tus actividades intelectuales, te lanzáste enérgico a la lucha junto con tus compañeros y compañeras de esclavitud para vencer la orgullosa y terca resistencia opuesta por el avariento patrón a tu modesto pedido de un aumento de salario que te permita contrarrestar en algo la carestía de la vida, bien resueltos todos a no volver al antro de explotación—taller, fábrica, almacén o escritorio, etc.,—sin antes haber conseguido la aceptación de las mejoras presentadas al burgués, oye lo que en este folleto te quiere decir un hermano tuyo de esclavitud, víctima como tu de la organización social burguesa, para hacerte partícipe del punto de sus reflexiones respecto a la eficacia de la huelga para lograr una modificación favorable a la situación económica del productor, y como medio para alcanzar éste al nivel humano más que el de máquina de accionar a que lo ha reducido el sistema actual de explotación del hombre por el hombre.

Mucho han cambiado los tiempos desde la perpetración del crimen horrendo que puso a sangre y a fuego al viejo mundo cerca de cinco años. Las costumbres, ideas, moral, instituciones y formas sociales que hasta la víspera de la colosal tragedia guerrera eran en opinión del mayor número, inconmovibles adquisiciones de la civilización y de la vida, han experimentado una transformación tan completa y honda, que los hechos que ante nuestra retina se desarrollan y que nos van arrollando a nosotros mismos en vertiginoso e incontrastable torbellino, nos dan la fuerte impresión de que asistimos al advenimiento formidable de un nuevo estado de cosas que ha de barrer con toda la obra material e intelectual de esta ci-

vilización burguesa, que tantos dolores, tantas lágrimas y tanta sangre ha costado a la humanidad.

Ante el horroroso espectáculo que ofrece el mundo, espantosamente castigado por la destrucción, el hambre y las pestes, los pueblos, violentamente han reaccionado y buscado nuevas formas sociológicas de convivencia que los apartara de calamidades tan tremendas. Nuevas concepciones, basadas en altruistas aspiraciones de solidaridad, de trabajo libre y de derecho a la vida, han germinado en la mente de los hombres que constituyen la gran familia obrera, y es esta grandiosa gestación de un bello universo de iguales fraternos, que estremecidos de esperanza, contemplan los continentes en esta hora de integrales renovaciones.

Pero, ¿por qué tan brusca y completa transformación de la estructura social?—me objetarás tú.—¿Acaso, tan necesariamente urgente la hizo el estado de cosas creado por la guerra? ¿No es la guerra misma un fenómeno social que obedece a causas fatales que escapan a la previsión de los hombres? Y luego de restablecida la paz, ¿no es el trabajo el medio más poderosamente eficaz para borrar todos los males materiales y curar los sufrimientos físicos y morales de los hombres?

¡Ay! Compañero, esto precisamente creía tu hermano el trabajador del resto de Europa, que hoy arde en revolución, mucho antes de que se produjese el cataclismo de la última guerra. Pero después de años y años de campañas pro aumentos de salarios y disminución de horas de trabajo, ellos acabaron por darse cuenta de la inutilidad de las contínuas luchas huelguísticas, como también llegaron al convencimiento de que las guerras las determinan, la insaciable sed de oro de los grandes capitalistas del mundo y los planes ambiciosos de gobiernos piratas que anhelan extender su férrea ley de mando sobre el orbe entero, anexionándose territorios y más territorios con el funesto propósito de hacer de su patria la nación más grande y más poderosa de la tierra, y no la obra ciega del destino que inexorablemente lanza los pueblos unos contra otros y los entrega esclavizados a merced del brutal vencedor.

Esta convicción, fruto de dolorosa experiencia de siglos de esos pueblos europeos, los ha inducido a buscar su salvación fuera del orden de cosas establecido por la burguesía y que resultados tan tristes está dando.

Y como los gobiernos nada quieren saber de justicia social y de paz fraternal entre los hombres, alzáronse los pueblos contra gobernantes opresores y burgueses explotadores, y el incendio del mundo capitalista y tirano envuelve en sus rojos resplandores a ideales falsos y a sistemas inservibles y caducos, activando la destrucción de estra envilecida sociedad de egoístas disfrutadores, sobre cuyas ruinas la clase obrera del mundo, bajo la bandera de la

Tercera Internacional, asociación eminentemente revolucionaria levantará el nuevo edificio de solidaridad humana en la libre y feliz vida de igualdad, de acuerdo con los sanos principios comunistas de la moderna sociología.

Ciertamente, querido compañero y hermano que luchas, que el trabajo, como tú bien lo dices, todo lo salva, todo lo redime, todo lo ennoblece y dignifica; pero, dada la forma tiránica como actualmente se exige, y las condiciones extensivas impuestas al trabajador por el patrón explotador del músculo humano, el trabajo, en vez de elevar a quien lo hace y darle un mayor *confort*, alegrando y embelleciendo intensivamente su existencia con un aumento constante de beneficios no exclusivamente materiales, ha hecho de él, el ser mas desgraciado de la sociedad, la que lo rehusa cada vez más abajo, privandolo de bienestar, de salud, de libertad y de todo derecho. Y, sin embargo, ¿quién más que él, luchó sin descanso a través del tiempo, para conquistar el lugar al sol y a la vida que a todo ser viviente pertenece? Es por esto, porque mucho luchó y nunca consiguió nada que al fin modificase su sempiterna condición de caballo de noria, que él se dió a reflexionar sobre las causas que a su felicidad se oponen, y habiéndolas hallado, decidió arrancarlas de raíz, haciéndonos asistir a ese drama grandioso que tuvo comienzo en la Rusia del absolutismo imperial y sigue desarrollándose por sucesivos actos en otros dilatados escenarios que abarcan a paises grandísimos en heroísmo e idealidad como Alemania e Italia.

—Muy bien está todo esto, dirás tú, pero ¿qué relación inmediata puede tener la Revolución que abraza a más de medio dominio burgués con mi condición de huelguista?

Sencillamente, la de hacerte ver cómo vas mal encaminado con tus combativas actividades huelguísticas destinadas a presionar al burgués para que remunere más equitativamente tu labor, demostrándote cómo, aunque triunfes en tu empresa, irás, de hecho, a un fracaso absoluto; demostrándote, como cansado y desilusionado el caminante, hállase después de cientos de años de andar, vuelto al punto de partida, tan harapiento, famélico y desgraciado como al dar el primer paso.

Y es el por qué de este fracaso lo que yo te quiero explicar aquí, hermano productor.

Pero, ante todo, permíteme la pequeña digresión que sigue, necesaria para la claridad de lo que yo deseo exponerte:

Todo hombre, en la sociedad, debe considerarse como el miembro de una gran familia de iguales, cuya felicidad debe ser su preocupación principal, por cuanto la felicidad de la masa implica forzosamente la de la unidad, o sea del miembro social. Siendo esto admitido, como hay que admitirlo absolutamente, toda acción individual o grupal que no consulta la suprema conveniencia de la socie-

dad entera, va directamente contra la felicidad de la colectividad, y por lo tanto, contra la del grupo o del individuo que obraron sin tener en cuenta las consecuencias que sus actos podrían ocasionar a los demás.

Así vemos cómo en la sociedad actual, sus componentes, tanto obreros como no obreros, preocupándose sólo de sus propios intereses, se ha llegado a un estado de agresión mútua y de perturbación social tan abominable, que la moral individual del día, contenida está en estas miserablemente cínicas cuatro palabras: «primero ¡yo!; los otros que ¡revienten!» siendo su consecuencia la alteración de la armonía colectiva, la huelga, la brutalidad en las relaciones con los semejantes, el hambre y la esclavitud eterna del hombre.

Claro está, que resultado tan desastroso no lo trajeron únicamente las agitaciones obreras de estos últimos tiempos. Las primeras causas datan de mucho antes, del principio mismo de las sociedades, cuando fué creada la institución de gobierno y dividiéronse en clases las humanas fuerzas sociales, una que nada debía poseer, pero cuyo deber era producir y de obedecer a la otra, la de los privilegiados, que todo lo tenían, aunque nada hacían a no ser disfrutar parasitariamente del trabajo de la primera.

Institución de gobierno y división de clases que consultaban sólo el bienestar y predominio de la minoría, dañando tales formas de egoísmo y maldad a la mayoría de los miembros de la sociedad, al par que perjudicaba, aunque de distinto modo, a la misma clase opresora, por la acumulación de odios y de violencias que en el corazón del pueblo trabajador ponían las crueles injusticias que con él se venían cometiendo, y porque tienen que vivir en ambiente de zozobra, de intranquilidad e inseguridad permanentes, como lo demuestran los atentados contra la propiedad y las personas que diariamente registra la crónica de la delincuencia social.

No hay duda, sin embargo, de que los movimientos huelguistas de la ultima etapa obrera en España, tendientes a aminorar los efectos malos para el proletariado de la tiranía de gobiernos y capitalistas, contribuyeron en mucho a acrecentar el malestar social, el que irá fatalmente complicándose de más en más, hasta que dentro de un plazo que vaticino próximo, hará crisis en horrendo cataclismo final, por imposibilidad absoluta de poder remediarlo por los medios hasta ahora empleados.

Y cerrado aquí el paréntesis, vuelvo al asunto, origen de este volumen.

La huelga, aunque sobradamente justificadísima en cada caso en que el trabajador recurre a ella para obtener un aumento de salario o una disminución del tiempo de trabajo, es, todo bien pensado, ni más ni menos que un acto de egoísmo al par que de mala

política, porque de tener éxito, podrá dar la falsa creencia al huelguista de trabajar menos y de ganar más, mientras que para el público consumidor, ella se traduce en un recargo de precio inmediato en el valor de los artículos producidos por los exhuelguistas, o sea un beneficio—más aparente que real—para un grupo de componentes de la sociedad, y una pérdida neta para el conjunto, el que debido a tal causa, no simpatiza siempre exageradamente con los paros obreros.

Al huelguista—y en esto hay falta de reflexión de su parte—poco le importa que el patrón haga pagar más caros los productos de su casa o industria; parécele, a él, huelguista, que ese aumento en nada puede mermar el fruto de su conquista, y en esto está su error, error grandísimo, por cuanto, de no apercibirse de él, persiste la clase explotada en su invariable táctica de pedido de mejoras sin jamás poder levantarse en lo más mínimo, arriba del nivel de miseria donde satánicamente lo situó el capitalismo voraz.

Que palpa también el huelguista los efectos contraproducentes que produce su victoria jubilosamente celebrada por el sindicato vencedor, victoria que se traduce por el encarecimiento del valor de su labor, no es difícil comprenderlo.

Efectivamente, esta victoria del sindicato huelguista repercute instantáneamente, con mayor o menor fuerza según la importancia de la industria o del comercio, afectados por la imposición obrera, sobre otros comercios e industrias no envueltos en la contienda, pero que en poco o mucho dependen de la fabricación tocada por el paro; los que mayormente sufren la consecuencia de la alteración en las tarifas agenas, veránse obligados a recargar en algo el precio de sus artículos, porque no se ha dado el caso, todavía, de un patrón que buenamente reduzca sus beneficios cuando el mayor costo de la materia prima o el de la mano de obra, alteran sus precios, siendo costumbre de todo capitalista «inteligente» valerse de todo aumento de la mercadería u objetos que expende, para mayorar dicho aumento en prudente proporción, con lo que saca nuevas utilidades, el muy pillo, en ves de sufrir merma en sus ganancias.

Y esta «lucrativa», pero inmoral compensación, se extiende hasta en los más ínfimos negocios, todos los cuales industriales y comerciantes, habiendo subido, uno después del otro, el precio de sus respectivos productos o mercaderías, el que los compra—el exhuelguista inclusive—debe forzosamente adquirirlos por su nuevo valor.

Esta alza uniforme en el costo de la vida se acentúa más aún, cuando los dueños de inmuebles suben el precio del alquiler de los negocios y comercios en ellos establecidos. Hay industriales y comerciantes, no enteramente dominados por la codicia, que de este hecho, sólo recargan proporcionalmente el valor de algunas de sus

mercaderías, pero los hay menos escrupulosos que las aumentan todas Otras veces, la subida debida a la sequía, pérdida de cosechas etc., de un artículo de consumo diario, como carne, pan, azúcar, etcétera subida que luego se estabiliza, aunque desaparezcan las causas que las motivaron, abre una brecha más grande en el salario del obrero. Otros determinantes artificiales tales como la especulación y el acaparamiento de productos, aunque no alimenticios, de imprescindible necesidad, los pone fuera del alcance del bolsillo del trabajador.

Y así, a consecuencia de estas alteraciones sucesivas en el precio de determinados artículos, se produce la de los objetos y artículos que no habían experimentado cambios en su valor, porque el vendedor, que antes podía ofrecerlos al cliente a un precio dado, se ve en la obligación de recargarlos para poder hacer frente a sus propios gastos, paulatinamente aumentados por el encarecimiento ininterrumpido de todas las cosas que él mismo necesita para prosperar en su comercio. Y pronto se da cuenta el obrero que la pequeña mejora que mediante la huelga obtuvo del patrón, esfumado se ha, para con creces volver a la bolsa del patrón, quedando él tan pobre y falto de todo como antes.

Respecto a disminución de las horas de trabajo, se pueden argüir parecidas razones.

Claro está, que el obrero o la obrera que impone al patrón la jornada de ocho horas, por ejemplo, en reemplazo de la de nueve. diez o más, realiza una conquista apreciable y que a primera vista parece ganancia que las malas artes capitalistas no podrán nunca disminuir. Sin embargo, esto es cierto y no lo es.

Me explicaré. Trabajas una o dos horas menos, muy cierto es; pero en cambio se te exige una contracción más grande en el trabajo y la disciplina se vuelve más severa, porque el patrón exige que el rendimiento del trabajo sea tanto, en las ocho horas del nuevo horario, como en las nueve o diez del antiguo. Y si te haces el «caradura», el indisciplinado, pretendiendo ir del mismo paso que por el pasado, sobre tí caerán las suspensiones y despidos temporales, y si, apesar de todo, nada quieres entender, a la calle, sin más, te echarán. Y en la lista negra patronal, al lado de tu nombre figurará la clasificación de rebelde, de bolchevique, de peligroso anarquista y sindicalista, y ya no habrá más trabajo para tí.

Pero admitiendo que te vayas acostumbrando a la nueva disciplina del taller o de la fábrica, tú no escaparás por eso a las maléficas consecuencias de la avaricia capitalista; ni tampoco si el patrón, «buen hombre», no te exigiere una mayor actividad para recompensar las «grandes» concesiones que te hiciere, porque la disminución de la producción, ocasionada por la reducción del tiempo de trabajo, lo determinará a aumentar el precio de esta producción

en la proporción necesaria para resarcirse él del perjuicio que el hacer derecho al pedido del acortamiento de la duración que la labor le ocasione.

Este factor de encarecimiento, agregado a los otros, te hará menos fácil aún el equilibrar tus gastos con tu salario y deberás buscar en alguna otra ocupación suplementaria nocturna, en tu casa o fuera de ella, lo que te falte para cubrir el déficit que fatalmente existirá entre el Debe y el Haber de tu magre presupuesto. Y lo que habrás ganado por un lado, perdido lo tendrás por el otro; porque en ambos casos amigo huelguista, padecerá tu salud, hasta que la estenuación orgánica o la tuberculosis te derribe y te mate.

Por otro lado, si tú eres obrero o empleado del Estado, tu pedido de mejora al Gobierno no podrá atenderlo o hacerle derecho sino creando nuevos impuestos o aumentando los ya existentes, los cuales impuestos, directa o indirectamente, tendrás que pagarlos por ser contribuyente como todo el mundo, ya que la fuente de los recursos del Estado está en el gravamen de todas las manifestaciones productivas del hombre.

Pero quiero suponer que, obrero inteligente y hábil, ganes un salario suficiente para no verte en la triste necesidad de tener que trabajar para dos patronos. Entonces, como tienes muchas horas de libertad, y eres joven y te gusta más divertirte que no ocupar tu espíritu en cosas serias y de provecho para tu personal cultura, os juntáis dos o tres compañeros y vais a pasar el tiempo en compañía, en la taberna jugando a los naipes o alrededor de la mesa de billar en el café, alcoholizándoos con daño de la salud y del bolsillo; o bien permanecerás, sección tras sección, horas seguidas contemplando las siempre detestables, del punto de vista educativo, escenas mudas de la película, en el cine, al que concedes más importancia que a una educativa conferencia o a un mitin de propaganda social.

Quizá que algún buen camarada o amigo mío se sulfure al leerme. Pues no es mi intentención incriminarle, porque se de memoria que no es él el responsable de su irracional conducta, y sí el absurdo sistema social que padecemos.

No te incrimino, compañero, no puedo incriminarte, hermano, porque al igual de la imensa mayoría de los trabajadores cuya existencia es exacta expresión de la tuya, tú eres la víctima del funcionamiento mismo de la máquina social cuyos engranajes insensibles trituran lenta e incesantemente al bien social.

Y no puedo incriminarte porque se que hasta ahora, en que nacido a la lucha obrera, te mueves al unísono con los compañeros de explotación para arrancar al capitalista un mayor salario y un horario más corto; hasta hoy en que ingresaste en tu sindicato, nada sabías de organización y por tanto ignorabas las bibliotecas y

salas de lectura obreras y la existencia de Ateneos de cultura proletaria, donde, en simpático ambiente de compañerísmo, se han instruído y formado una conciencia, los camaradas que hoy te inician a tus derechos de productor. Es allí, compañero huelguista, en el local del sindicato o de toda la organización, donde, desde hoy, os queremos ver, a tí y a tu compañera, ocupando los ocios, con el libro que instruye y despierta al conocimiento, el espíritu del proletario, cuya ignorancia es consecuencia de permanecer él alejado de sus naturales centros de acción emancipadora.

***

Así mismo, y a pesar de su carácter egoísta, buena es la huelga, puesto que arma necesaria es de defensa de la clase obrera contra la opresión del capital. Y la magnífica ofensiva que en los últimos tiempos, emprendieron los sindicatos para imponer a los patronos salarios y jornada de acuerdo con las aspiraciones mínimas de los productores, y cuestiones, además de dignidad, debe contar con la mayor simpatía de todos los explotados. Pero, como ya te he dicho, me he propuesto el hacerte meditar sobre el alcance de la huelga que te he mostrado negativo, y hacerte comprender cual debe ser, en cambio la acción de rebeldía del trabajador para lograr de verdad la realización de su ardiente deseo de justicia social.

La huelga, en suma, es un medio de lucha relativamente fácil, ya que sólo pone a prueba la orgánica resistencia del huelguista.

El obrero, eligiendo esta táctica, no necesita pensar, y ese menor esfuerzo es de su agrado. Si triunfa, aunque sólo moralmente, porque a veces el beneficio obtenido no indemniza nunca lo que se ha perdido durante el paro, si ese paro se prolonga durante meses, como no es raro que acontezca, se está viviendo con las facultades alertagadas por la inacción forzosa en que se está entregado. Toda huelga que no se soluciona en las cuarenta y ocho horas es perju-

dicial para el obrero. Pero, aunque ganara algo el obrero, la huelga nada resolvería.

Si estudiáramos, o quisiéramos estudiar detenidamente las lecciones de todas o casi todas las precedentes huelgas, veríamos la realidad palpable.

Ya estás viendo la reacción del elemento patronal y capitalista, en combinación íntima con la actitud antiobrera de la policía y del gobierno: cierre de centros obreros, supresión de los periódicos de ideas, arrestos por centenares y deportaciones de activos propagandistas.

Ya se, como sabemos todos los anarquistas, que es más difícil, o mejor dicho, más penoso y de resultado quizá menos inmediato, el encarar el problema social en su conjunto para ver de solucionarlo con el fin de que cesen para siempre todas las injusticias que flagelan despiadadamente las espaldas del proletarió. Sin embargo es preciso hacerlo, o si nó, tendremos que quedarnos siempre donde estamos, amarrados a nuestra vil condición de bestia de labor.

Este esfuerzo mental necesario para tu dignificación de hombre tú eres capaz de hacerlo, y preciso es que de una vez, lo realices, para adquirir la debida conciencia de tus derechos de productor y salir del error social en que, por tu mal, te hallas sumergido.

La moral social burguesa, que consiste en olvidar a los demás para no pensar más que en sí, y que ha conducido la sociedad al punto de disolución y bancarrota en que está, debe ser reemplazada por una moral de solidaridad que hermane a los hombres todos y los haga aunar las voluntades por el logro de la felicidad de todos y de cada uno.

Pero no puede haber solidaridad, sino desacuerdo y odios donde nò existe la igualdad.

El principio básico de toda sociedad debe ser, en consecuencia, el de la igualdad económica.

Intuición, pero solamente intuición, tiene el huelguista, de la justicia de este principio, puesto que la huelga es acción dirigida contra el egoísmo del patrón que, indebidamente se adjudica, una parte exhorbitante de la producción.

Tú, compañero huelguista, no tienes la comprensión nítida y exacta de los intereses individuales. A pesar de estar protestando contra los beneficios desproporcionados que el capitalista preleva sobre tu trabajo diario, tú reconoces el privilegio del talento y acatas abusivas jerarquías en las ocupaciones manuales, profesionales e intelectuales que alzan encima de los otros a hombres, cuya labor, no tiene—socialmente hablando—mayor importancia que la del más humilde trabajador.

Así, te parece bien que cierta categoría de hombres ganen en unas horas lo que tú en un mes, y gritas, porque el patrón se enri-

quece con el aporte de su dirección y de su dinero. Y sin embargo, ni esto ni aquello se conciben, del punto de vista de la justicia social.

Lo que es irracional criterio de parte del trabajador es la escala de salarios existentes. Así, entre los manuales no causa oposición ni protesta, que obreros de determinados gremios tengan sueldos mucho más elevados que los de otros. ¿Es esto justo? ¿Acaso todos los obreros, sean ellos zapateros, albañiles, panaderos, sastres, peones o tipógrafos, no tienen que hacer frente a las mismas necesidades?

Si los seres humanos trabajan un horario uniforme diario, el salario debe ser igual para todos ellos, o entonces no cabe hablar de justicia ni alardear de compañerismo. No solamente no es justo que haya capitalista o patrón que embolse cien veces más que el obrero; no lo es tampoco que otro obrero, porque descuelle en su arte o profesión, tenga un salario doble o triple del que cobra otro proletario que hace la obra más pesada, repugnante o sucia de la colmena social, como igualmente contrarias a todo espíritu de igualdad justiciera, son las tarifas de salarios que los explotados de un mismo gremio impónense los unos a los otros.

La justicia no conoce categorías de ninguna clase. Basta el existir y trabajar lo que humanamente nos permiten los brazos y la inteligencia, para que tenga derecho el hombre a ser considerado como un igual por los demás hombres, cualesquiera que sean sus conocimientos y aptitudes. De pensar diferentemente, el hombre fuerte en músculos podría exigir un sueldo mucho más grande que el del hombre débil, y esto sería tan absurdo como chocante es la diferencia que hay entre las ganancias de un intelectual y la de un empleado, por ser más grande la potencia cerebral del primero comparada con la del segundo.

Admito, sí, que el científico, necesita de elementos costosos para hacer obra intelectual; pero la justicia no está en que gane él mucho dinero para adquirir dichos elementos de trabajo, lo cual da lugar a un verdadero fraude social, que al aprovechado le permite darse fastuosa vida de gran señor, mientras que el no científico, aunque trabaje tanto o más que el científico, tiene que conformarse con mísero estado de ser inferior, si la sociedad no le pone a su disposición los elementos todos que pueda él necesitar para su trabajo, y dejarlo que haga obra según sus especiales aptitudes mentales. Pero, para eso, preciso sería establecer un sistema social diferente del que tenemos, una organización de la producción, basada sobre el comunismo anárquico.

***

Los huelguistas, únicamente preocupados de agruparse para las conquistas económicas, en estos últimos tiempos, desatendieron la unión sagrada de la gran familia productora para una sóla y única conquista que a todos igualara. Y aunque, imitación del gesto huelguístico hubo, por parte de todos los que viven de un salario, no hubo solidaridad de propósito para alcanzar la igualdad en el bienestar social. Y esta falta de solidaridad y de acuerdo para alcanzar para todos, indistintamente, un sólo y único salario, deja en pie la aristocracia del trabajo, tan odiosa e injustamente privilegiada como la aristocracia de la sangre y la del dinero.

Así mismo esta solidaridad en la lucha por el aumento y la igualdad de sueldo, de haber existido, si bien hubiera sido elocuente testimonio de los fraternales sentimientos de justicia de los productores todos, no habría dado con la solución del problema social, el cual debe ser resuelto en todas sus partes y no parcial e incompletamente para que sea al fin realidad la generosa utopía de un mundo nuevo de felicidad que se va apoderando del espíritu de los pueblos, que a raíz de la revolución rusa, vislumbraron un horizonte de posibilidades idealistas del cual el impetuoso soplo de libertad había barrido la tiranía y donde en los corazones había reemplazado definitivamente, los efectos puros, a los sentimientos egoístas y de odios.....

Incompatible con el bienestar y la libertad, es el actual orden de cosas, y ninguna mejora de emergencia política o económica, podrá cegar las miles fuentes de donde fluyen sin cesar los males sociales. Así es que, discurriendo anárquicamente, todas las insignificantes mejoras que hasta ahora ha alcanzado el obrero con sus huelgas, *fueron si, eficaces bálsamos para adormecer los sufrimientos económicos del trabajador.*

¡Piensa, amigo huelguista, en los miles de obreros, pobres parias como tú, que famélicos andan por ciudades y campiñas en inútil demanda de trabajo! ¿Qué les puede importar, a ellos, tus conquistas? ¡Nada! Nada puede la conquista económica del obrero contra el pauperismo, flagelador de carnes proletarias. Nada puede ya el éxito de un movimiento huelguista, en los tiempos presentes, contra las lacras sociales, contra el robo, contra el crimen, ni contra la riqueza, el privilegio, el parasitismo; ni contra los abusos y arbitrariedades de los poderosos; nada contra la tiranía de los de arriba; nada contra la dominación de la inútil casta burguesa; nada contra el despojo inícuo de los laboriosos hijos del pueblo por los zánganos de la sociedad.

La lucha por la conquista del perro chico, nada puede hoy contra la institución del capital que todo lo acapara para sí; nada puede contra la monstruosa explotación del hombre por el hombre; ni contra el pulpo Estado que vorazmente exprime a las masas contribuyentes; en nada aminora el mal que el militarismo causa a la sociedad; ni impedirá nunca la calamidad de la guerra, ni será garantía de salud contra la tuberculosis y otras enfermedades no menos crueles que en todo tiempo y por culpa del régimen social, diezman al mundo del trabajo.

¿Qué puede la obtención de una simple mejora de salario ante el formidable desequilibrio económico traído por la universal bancarrota de la burguesía? ¿Qué importancia tiene el recibir tres en vez de dos, cuando ilimitadas son por así decir, las necesidades humanas, cuando el explotado obrero, el oprimido paria de la era de acero, tiene aspiraciones no ya de asalariado que anhela solamente comerse un pedazo más de pan, sino de hombre que se reconoce el derecho a todo lo creado por el hombre?

El remedio a tanto mal social, no está en ganar más, ni en pagar menos. Está sencillamente en no pagar nada, y en dejar de ser asalariado.

La medicina social que ha de restablecer la salud física y moral del pueblo, no es el billete de banco, medio de explotación del hombre por el hombre, sino su supresión; no consiste en ser menos oprimido, y sí en la abolición de la opresión.

La salud del productor, la independencia económica del mismo, tampoco están en la confección y vigencia de ninguna legislación del trabajo. Ninguna puede beneficiar al obrero. Todas las leyes, por concurrir todas a la mayor estabilidad de la sociedad, están concebidas con el propósito de ser firme valla donde se estrellen las aspiraciones de emancipación proletaria, por ser esta emancipación la negación misma del actual sistema social. No hay, no puede haber leyés buenas para el obrero. Las leyes protectoras del trabajo, constituyen, en realidad, la más sabia y hábil maniobra que haya ideado el capitalismo, para hacer que perdure en la mente de sus víctimas la errónea creencia de que conciliables son los intereses del trabajo con los del capital.

Todo esto: leyes de protección a la vejez, casas para obreros, mayor salario, son ganancias ilusorias, o que muy poca cosa significan, frente a los grandes ideales de igualdad humana que hoy, los pueblos de Rusia, Hungría y de Alemania intentan realizar y realizan.

La legislación obrera, a la que debe oponerse por todos los medios el trabajador, es arma de defensa burguesa, directamente dirigida contra el espíritu de justicia social que cunde por el mundo. Al obrero, siempre honrado y de buena fe, el capitalista lo mistifi-

ca fácilmente debido a su ignorancia y falta de reflexión. Así, y por citar solamente este caso, típico entre todos, aviénese ya a concedérsele una *jubilación* después de muchísimos años de contínua adaptación y sumisión a su esclavitud de asalariado. Y esto no es ni más ni menos que un nuevo collar, que el capital, por obra de los que se llaman tus representontes en el Congreso, los socialistas, te ponen al cuello.

Y esta jubilacion te niega el derecho a la asociación de resistencia y a la huelga, con lo que pierdes toda esperanza de mejorar de sueldo y de horario, te conviertes sin remedio, en siervo dócil de los señores del dinero. Pero hay más, y es que después de unos cuantos años de trabajo, de extenuante labor, cuando llegues a poder empezar a cobrar el beneficio, estarás ya gastado, arruinado completamente el organismo por el inhumano sistema de rendimiento muscular al que, sin descanso, te tuvieron sujetado, y a dos pasos del reposo eterno de la tumba, ellos, los capitalistas sin entrañas que desmedidamente inflaron los dividendos de su empresa a costa de tu flacura, hallarán el pretexto buscado para echarte a la calle, y así eximirse de la obligación de pagarte una pensión, tan duramente ganada.

No es, creo, necesario, agregar nada más para comprender bien toda la perversidad diabólica contenida en ese nuevo presente griego, que, con el bello gesto de querer mitigar los sufrimientos de los obreros, ofrece la muy humanitaria capitalista burguesía.

***

Tu pensamiento y tu acción, amigo huelguista, deben ir dirigidos contra las causas mismas del malestar social, para destruirlas.

Estas causas, inherentes son a la existencia misma de la clase burguesa, por cuanto sus instituciones vitales: Estado, capital, militarismo, propiedad privada, dinero, etc., despojan, explotan, tiranizan y matan a la clase proletaria. Por lo tanto, contra esas instituciones que son el cerebro, la fuerza, el nervio y la sangre de la burguesía, deben ir, derechamente el brazo y la inteligencia proletarias.

Hacia la expropiación de cuanto arbitrariamente detiene la burguesía; tierra, útiles de trabajo, medios de transporte y de producción, de todo debe posesionarse el pueblo trabajador para, en vez de obrar en provecho de los detentadores del dinero, hacerlo en el propio.

Claro está, que esto parece y es más complicado y necesita un mayor aliento para llevarlo a buen fin, que una simple huelga. Y lo es más todavía, si se reflexiona que será preciso, ante todo, interrumpir totalmente las actividades empleadas actualmente a producción no necesaria, inútil, supérflua o perjudicial, como ser: trabajos con fines comerciales, (no debe existir el comercio) y todas las obras de construcción cuyo objeto único es la consolidación de la opresión burguesa, tales como: cuarteles, arsenales, iglesias, conventos, cárceles, bancos, palacios legistavos, de gobierno, de justicia y edificios de la administración del Estado.

Hay que hacer desaparecer además de la faz de la tierra, frailes, monjas, banqueros especuladores, empleados del Estado, abogados, jueces, soldados y policías; siendo comprendidas entre las obras perjudiciales la construcción de escuadras de guerra, la fabricación de armamentos y todo lo que se relaciona con el abastecimiento del ejército; ésto, sin contar un sin número de trabajos industriales que en nada consultan el bienestar de los productores.

Al hacer que cese toda esta producción no necesaria o perjudicial, habrá naturalmente que abrir nuevo rumbo a las actividades útiles de la sociedad, dirigirlas a un sólo fin de mayor bienestar y libertad para todos. Y esto, como tú lo comprenderás, implica pensar serio, hondo, cuidadoso y detenidamente para que no se vean defraudados, tus justos anhelos de felicidad.

Ciertamente, que los comienzos de un semejante orden de cosas, verdaderamente social, tendrán que ser llenos de dificultades,

de decepciones y de sinsabores. Pero, también una vez que hayamos triunfado de todos los obstáculos, ¡qué bienhechora diferencia en el resultado!

Derrotada la espoliadora burguesía e implantando el sistema de la producción para el productor sobre base comunista; implacablemente suprimido el parasitismo de la clase estatal; trabajando todos los holgazanes de levita y guantes blancos, todos los desocupados del actual sistema; empleando todas las energías de todo el mundo a cambiar la miseria por la abundancia, y la opresión por la libertad, no existiendo el patrono, ni el salario, ni horario alguno, ni tampoco alquileres que pagar, concluída habría la carestía de la vida; porque todas las casas, todos los víveres, todas las prendas de vestir, todos los medios de locomoción, todo cuanto material e intelectualmente hace la vida buena y agradable estaría puesto a la libre disposición de todos para usarlo y consumirlo según las individuales necesidades, como igualmente se unirán todas las inteligencias y todas las fuerzas musculares para colaborar, en la medida de la posibilidad, en la producción de las cosas de necesitad para el bienestar y la felicidad sociales.

Así, el bien social no sería patrimonio de unos pocos como ahora acontece, pero el de todos indistintamente, desapareciendo de esta manera la inseguridad angustiosa del mañana, y se apaciguarían por sí sólos los odios brotados al choque brutal de los intereses individuales; renacerían la calma y el afecto en el corazón del hombre y de la mujer; el compañerismo, la amistad, el cariño, la solidaridad agruparían indisolublemente a los seres hechos egoístas y malos y antisociables por miles de años de humillación, de privaciones y de injustos martirios.

A esta finalidad de concordia y ventura humana, que se llama **Comunismo Anárquico,** hemos de acostumbrar nuestro pensamiento, demasiado inclinado al pedido de la ineficaz mejora. Los tiempos, hoy, son de decidida lucha revolucionaria por la implantación de la justicia social, o sea de la igualdad económica entre los hombres.

La era de los patronos, directores y dueños de la producción y de los productores, toca ya, en todas partes, a su fin, lo mismo que la de los gobernantes directores de pueblos. El capital vive sus últimos momentos; cuando haya sido enterrado bajo los escombros humeantes de sus bancos, habrá dejado de existir el último de los parásitos burgueses.

Ya llegó la hora del advenimiento del mundo del trabajo al que debe ceder el puesto el de la holgazanería y del privilegio.

Los proletarios de Alemania, de Austria y de Rusia, abandonando la estéril lucha por la conquista del centavo, se han puesto en

marcha hacia los destinos libres, sin amos y sin explotadores, indicando el camino al proletariado del Universo.

Reflexiona pues, hermano del trabajo, compara tu acción actual con la de tus hermanos de explotación de Rusia; y luego de convencerte que sólo en la revolución social se halla la solución salvadora, haz tú también, el apropiado gesto que al fin te saque de tu estado de inferioridad social, para elevarte a la altura de hombre que dentro como fuera de la sociedad te corresponde, a tí, como a todos los que trabajan.

Piensa, reflexiona, y después lánzate airado, como es tu deber a conquistar lo que ansías.

BIBLIOTECA RENOVACION PROLETARIA

San Pedro, 27.-A. Medina.-Pueblonuevo, *(Córdoba). España*

PUBLICACION MENSUAL DE UN VOLUMEN FILOSÓFICO

El próximo número, u octavo volumen de RENOVACION PROLETARIA, es: Un trabajo del conocido escritor

VALENTIN DE PEDRO

con el título

- El Sindicalismo frente a la Política -

Lleva la fotografía del autor en la portada

Los volúmenes son de mayor formato, con el fin de encuadernarlos cada doce números; para ello, se harán a tiempo cubiertas especiales, resultando un libro con doce temas distintos, y con 240 páginas de texto.

CONDICIONES DE VENTA

Suscripción por un semestre, 1,25 pesetas.—Número suelto, 25 céntimos.— Para los Sindicatos y paqueteros, grandes descuentos.

: PAGO ADELANTADO :

Pueden servirse con las mismas condiciones de venta, los siguientes volúmenes ya publicados por esta Biblioteca: —I **El Sindicalismo en Cataluña**, por A. Pestaña y S. Segui (Noy del Sucre).—II **Brazo y Cerebro** (Fuerza y Pensamiento), por Higinio Noja Ruiz. III **Comentarios al II Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo de España**, por por Mauro Bajatierra.—IV **Bocanadas de fuego**, por Angel Samblancat.—V **La Rusia Roja**, por Manuel Buenacasa.—VI **Trazos Sociales** (Así es la gente), por Antonio Amador

NOTA. El IX volumen (extraordinario de 56 páginas, a 40 céntimos), es **LA REVOLUCIÓN EN ITALIA**, por *Enrique Malatesta*, y comprólogo de *Eusebio C. Carbó*.

J. del Pozo, impresor, Pueblonuevo del Terrible.